



EL CASCABEL

DIRECCION
Plaza de Matute, núm. 2.

NUMERO SUELTO, DOS CUARTOS
EN TODA ESPAÑA

ADMINISTRACION
Plaza de Matute, núm. 2.

COSAS DEL DIA

—¿Qué lee V., D. Anastasio? ¿Es acaso la lista de la lotería?
—No es mala lotería la que nos ha caído con esta lista.
—¿Pero qué dice?
—Pues dice sencillamente que ya se conoce el resultado de las elecciones.
—¡Hola! ¡hola! Una estadística de los heridos...
—No, hombre de Dios: los nombres de los nuevos diputados; de los padres de la patria; de los que han logrado vencer á sus contrarios en los comicios.
—Ya, los Lopez de siempre...
—Estos son otros Lopez; pero tan parecidos á los que se fueron que parecen lobos de la misma camada.
—Vamos, supongo que vendrán hombres muy conocidos, notabilidades científicas y literarias, políticos encañados, estadistas eminentes...
—Oh, sí, señor, aquí viene de todo: un verdadero pot-purrí ú olla podrida, como diríamos en castellano viejo.

viene aquí el señor de *Misa*,
viene el señor de *Cortijo*,
viene *Calvo Asensio* (hijo)
y el señor de *Cisa y Cisa*.

—Reparo, D. Anastasio, que habla V. en verso.
—Pues mire V., que no había caído en ello; pero debe ser cierto cuando me lo asegura. Vienen también *San Miguel y Santa María*...
—Y luego dirán que el cuerpo electoral no es eminentemente católico...
—Sobre eso, amigo D. Judas, habría mucho que hablar, pues si bien es cierto que vienen dos santos, no lo es menos que en Jijón ha sido derrotado *San Pedro*, y que el señor Guardia, diputado por Jaén, ha podido más que Dios.
—Lástima grande es eso último, pues si hubiera venido el Sr. Dios al Congreso, no hubiera podido decir Suñer que no hay Dios.
—Y tanto más sensible es su derrota cuanto que los ateos se han aprovechado del caso para decir que Dios podrá estar en todas partes, pero que no estaba en las papeletas de los electores de Jaén.
—¿Qué otra gente gorda viene?
—¿Gente gorda? ¡Ah, sí! el Sr. *Delgado*.
—No digo eso, sino si vienen muchos títulos, grandes cruces y generales.
—Respecto á títulos, vienen todos los hechos desde la revolución acá; grandes cruces no vienen; pero si un Comendador, y en cuanto á las jerarquías militares sólo veo aquí un Coronel.
—¿Coronel y Ortiz? Pues mire V., que para ser hijo de Becerra no ha medrado mucho con la revolución: Coronel era en 1868 y Coronel continúa siendo. Extraño es que no se haya adherido á la idea de la revisión de las hojas de servicio: de seguro que no le rebajaban ningún grado.
—Sigamos examinando la lista.
—Sí: veamos el color de los nuevos diputados.
—¿El color? Sea. Aquí hay un diputado *Rojo* y otro *Moreno*.
—¿Y las anteriores profesiones de los electos?
—Difícil cosa de averiguar, amigo D. Judas. Sin embargo, aquí veo un *Montero*, un *Pastor* y un *Simon*.
—Y médicos ¿no vienen?
—Lo ignoro; pero aquí está un Sr. *Mata*, cuyo apellido sólo puede pertenecer á un médico. También han sido electos algunos fragmentos humanos, y entre ellos los señores *Cabello* y *Uña*: lástima que no hayan venido algunos señores *Cabezas* y *Piernas*, para ir formando un cuerpo completo.
—Pues no podemos quejarnos, amigo D. Anastasio;

que aunque V., por sus aficiones oposicionistas, me lo oculta, yo sé de buena tinta que viene un diputado *Decoroso*.
—Buena falta hacía que todos lo fueran.
—Y un diputado *Bueno*.
—Entre cuatrocientos, no es mucho.
—Y un diputado *Alegre*.
—¡Dichoso él!
—Otro *Franco*.
—Ya verá V. de qué le sirve su franqueza.
—Total: que la nueva legislatura hará mucho y muy bueno, y que los nuevos diputados son capaces de remover el mundo.
—No me extrañará, si tienen un punto de apoyo, pues la provincia de Málaga ha mandado una *Palanca*.
—Lo malo será si pesa mucho.
—Para eso hay un *Gallego* en el Congreso.

El día 15 se abren las Cortes á las dos de la tarde. El Sr. *Alva* quería que la apertura se verificase á la madrugada; el Sr. *Mañanas* le respondía que las mañanas son muy largas, y que debía abrirse el Congreso de ocho á doce; pero el Sr. *Comas*, que está en todos los puntos de la etiqueta, cortó la contienda, y les convenció que no debía verificarse la apertura hasta las dos para dar tiempo á que el Sr. *Becerra*, que será el presidente interino, se pueda poner los guantes amarillos.
Leído el discurso de la Corona, se colocará en un rincón el Sr. *Costales*; se pondrá sobre el respaldo de un escañel el Sr. *Mantilla*; el Sr. *Rivero*, para desmentir ciertas hablillas, se colocará entre los Sres. *Arroyo y Lafuente*; el Sr. *Cuevas* buscará los sótanos del edificio; los Sres. *Soto y Sotomayor*, que habitan en la fonda de Sotillo, llegarán vestidos de verde; cruzará el hemisferio, mirando á las tribunas de señoras, el Sr. *Garrido*; volará hasta la claraboya del techo el Sr. *Cuervo*, y el Sr. *Lasala* dirigirá miradas amenazadoras al Gabinete.
Después empezará la tragedia en cien actos, que lleva el título de *Discusión de Actos*, y los periódicos de la tarde publicarán la reseña de la corrida de cada día, al propio tiempo que, levantándose de su sillón el presidente, dirá plagiando á uno de los personajes del *Francifredo*: ¡Qué sesión, señores, qué sesión!

Segun los datos definitivos de las últimas elecciones, el Congreso se compondrá de 297 diputados radicales, más ó menos partidarios de *Maquiavelo* y de *La loca del Vaticano*; 79 republicanos entre sensatos, intransigentes, socialistas, petroleros y nitrogliceristas, amen de tres ó cuatro que pertenecen al club de los *bebedores de sangre*; 14 alfonsinos, personas de juicio y buena intención; 10 conservadores revolucionarios, más ó menos dispuestos á entonar el *Yo peccador*, y varios indefinidos.
Tal es la extraña composición del último Congreso de la monarquía de Amadeo I de Saboya, por la voluntad de 191 diputados y la tolerancia incomprensible del pueblo español.

FIN DEL VERANEO

Creemos que este artículo no puede ser más de actualidad. Precisamente en estos días Madrid se ve invadido por una multitud de viajeros que lo abandonaron hace un mes ó mes y medio, por huir del calor insoportable que hace en la villa del oso y del madroño, por hallar descanso á las ocupaciones habituales de cada uno, por recobrar la salud remojándose en las aguas minerales ó en las caudalosas ondas del Mediterráneo ó del Océano, ó simplemente por darse tono ó por seguir la corriente y hacer lo que todo el que tiene cuatro cuartos.
Ya se ha convenido en que es preciso salir en verano, y todo el mundo sale.

Pero llega el mes de Setiembre, y los que salieron vuelven, más gordos, segun dicen sus amigos á todos los que hicieron el viaje por engordar, y más flacos los que lo hicieron por enflaquecer.
Es costumbre dar á regreso á todos los que viajan, el consuelo de decirles que han conseguido lo que se proponían, que estamos en el secreto, vamos á decir la verdad lisa y llana, para que los que no salen nunca de Madrid no se mueran de envidia.
¿Sabeis lo que es veranear, padres de familia é hijos de idem, modestos empleados ó pensionistas del Monte Pío, á quienes la escasez de vuestros haberes no permite ese lujo? Leed un poco, y procuraremos enteraros.

No hablamos de los banqueros y personajes importantes que toman una berlina en el tren *caprés*, y se van al extranjero, llevando gran número de criados, á habitar hoteles tomados con anticipación, suntuosamente amueblados, y donde se les sirve al pensamiento.
Esos viven en verano, lo mismo que en invierno, perfectamente.
Salen de sus palacios por distraerse, que si no salieran de ellos tampoco el calor había de incomodarles.

Las que veranean son esas personas de la clase media que viven en Madrid en un piso segundo, van al anfiteatro de Jovellanos, toman los domingos leche amerengada, y en las noches de invierno juegan á la lotería ó al caballo blanco, y se acuestan á las once después de leer *La Correspondencia*.
Estos, si tienen mucha familia, hacen el viaje en un tren de recreo.
¿Sabeis lo que es un tren de recreo?
Decis que no.
Os doy la enhorabuena.
Figuraos un tren en que no hay coches de primera clase, por consiguiente en que los más privilegiados van en segunda.
En cada departamento caben doce personas, y los empleados tienen el mayor cuidado de que no falte ninguno, de manera que aquello parece el carro de la carne.
Allí entra un militar retirado que fuma sin cesar, y cuenta sus campañas; una señora gorda que lleva además dos ó tres cestas, con toda clase de comestibles, que no parece sino que teme que la pongan sitio, y no quiere rendirse por hambre; un caballero que lleva saco de noche, sombrerera, manta, bastón, paraguas, quitasol, y su mujer que, aunque delgada, ha tenido la oportunidad de suplir las faltas de la naturaleza con un mirriñaque que parece un globo, cuyos aros de hierro se clavan en lo primero que encuentran, que son las pantorrillas de los viajeros; nunca falta alguno que lleva un botijo (cuando no es una bota de vino), y que si le derraman el agua es capaz de armar una pelotera que dure todo el viaje, y hasta de pedir que se reúnan Cortes para tratar del asunto.
En ese tren se mete uno, y si tiene reloj, sabe á qué hora entra, pero no cuándo saldrá, sea el viaje corto ó largo, porque la empresa no se compromete más que á llevar á los viajeros; pero no dice si los llevará en quince horas ó en quince días, y los trenes de recreo lo mismo se están parados en una estación tres horas que tres minutos.
Por consiguiente, no hay que decir que se llega asado, molido y renegando de la hora en que se le ocurrió á uno echarla de señorito y viajar sin necesidad.

Y si al terminar el viaje terminaran las tribulaciones, del mal el menos.
Pero es el caso que entónces empiezan.
El que salió de su casa para encontrar fresco, espansion, alegría, suele meterse en el cuartucho de una fonda ó de una casa de huéspedes, donde le admiten por gran favor, y le dan (no por favor, sino por un precio exorbitante) una cama generalmente dura, y una comida malísima.
Las vistas de su ventana son á un patio donde echan toda la basura de la casa, y gracias á esta circunstancia, no necesita el viajero hacerse de miel para que se lo coman las moscas.
Como la habitación no tiene nada de agradable ni de cómoda, y hay en ella de todo menos fresco, no tiene el víctima más remedio que echarse á la calle desde por la mañana.
En vista del fresco que los que veranean dicen que disfrutan, crearán los que no salen de Madrid que el sol en los puertos de mar no calienta.
Pues, sí, señores, calienta y pica, y hasta ocasiona cada tabardillo pintado que canta el credo.

Pero como el que veranea tiene obligación de no sentir calor aunque lo haga, el hombre va por aquellas calles sudando la gota gorda y diciendo para consolarse: ¡Qué calor tendrán hoy en Madrid! ¡Cuando aquí no se puede respirar, allí será cosa de ahogarse!

Y sigue andando calles y plazas, y mirando al reloj cada cinco minutos para ver si llega la hora de comer, única en que no se aburre, porque las demás, como no tiene nada que hacer, ni conoce á nadie, ni sabe á dónde ir, se le hacen eternas.

Llega el momento fiero.
El de emprender el viaje de vuelta.

Entonces hay que empezar por pagar la cuenta. El ajustó la casa bastante carita, pero la cuenta todavía sube por los gastos extraordinarios.

Allí le ponen un vaso de agua que pidió un día al volver de paseo, un fósforo que le dieron al llegar para encender el cigarro, un palillo de dientes que tomó un amigo suyo un día que le fué á visitar cuando estaba comiendo. Y por supuesto que en el vaso de agua incluyen una libra de azucarillos, porque le sirvieron uno que no tomó; el fósforo se convierte en una caja de dos reales, y el palillo de dientes le cuesta tan caro como si hubiera comprado un pino.

Paga su gasto, si antes no entró en un casino donde se jugaba á la ruleta, y daba la casualidad de que siempre que él ponía al 36 encarnado, salía el 20 negro, y se vuelve á meter en el tren de recreo, donde hace un viaje tan divertido como el de ida.

Cuando vuelve á su casa respira con satisfacción, porque vuelve á tener sus comodidades, á comer bien y hacer una vida agradable y entretenida.

Hace el balance de su caja, encuentra que ha gastado un dineral, y por no confesar á sus amigos que ha comprado por un ojo de la cara el derecho de aburrirse, sofocarse y morir de hambre, dice que lo ha pasado perfectamente y que no comprende cómo hay gente que renuncie al placer de veranear.

CARTAS DE VERANO

EN FUENTERRABIA.

La Marina, 26 de Agosto 1872.

Sr. D. CARLOS FRONTAURA.

Mi querido amigo: Cero y van dos. Esta es la segunda epístola que dirijo á V., aunque no he recibido contestación á la primera. Los pícaros correos hacen primores, y gracias á ellos se han visto privados los lectores de EL CASCABEL de las chispeantes observaciones de V. Sin embargo, puede usted consolarse con que todavía no han llegado á su destino los pliegos de *Los Niños* que en 29 de Mayo de 1871 envió V. á sus abonados. Y basta de quejas.

Aquí me encuentro desde ayer, en compañía de nuestro cariñoso amigo Teodoro Guerrero, que con su apreciable familia ha venido á pasar unos días lejos del bullicio de San Sebastian, que en punto á tono y etiquetas nada tiene que envidiar á la novísima corte de España.

En San Sebastian hay que ponerse de punta en blanco, como en Madrid, y esto no deja de ser molesto para el que abandona la villa del oso con el propósito de vegetar exclusivamente, vistiendo de cualquier manera, y calzando, si es preciso, la *campesetre* alpargata.

Pero el hombre es sociable por naturaleza, y la verdad es que esta vida vegetativa que se desliza tranquilamente en medio de montes y valles, bandadas de gallinas y alguno que otro labriego, llega á hacerse monotonía, y que sin poderlo evitar (y así le ha sucedido á Guerrero) vuelve uno al lado de sus amigos y de sus relaciones para charlar por los codos, en justo desquite del tiempo en que hubo de permanecer callado, porque la naturaleza, aunque habla, dice siempre lo mismo, y los habitantes de pueblecillos como Fuenterrabia se acuestan á la misma hora que las gallinas, y apenas amanece ya están entregados á sus faenas. Teodoro regresará pronto á San Sebastian, pero no sin decirnos algo de sus impresiones, como nos prometió ayer, después de terminar uno de sus *Cuentos de salon*, que pronto entregará á la pública voracidad.

Usted no quiso pasar más que unas pocas horas en este pueblo, y yo, que permanezco hasta esta tarde, voy á adelantarme á Teodoro, dejando consignada nuestra importante visita á Fuenterrabia y al amigo citado, para que no pierdan la pista los antiguos suscritores del popular CASCABEL.

Ya lo vió V. mismo. Fuenterrabia es un pueblo muy antiguo, muy notable, muy pintoresco, pero muy triste y muy reducido. Es célebre por los sitios que ha sufrido en varias épocas, y aun enseñan al viajero un castillo medio chamuscado que fué defendido heroicamente por las tropas españolas en tiempo de Felipe IV, y los restos de las fortificaciones hechas por los carlistas en la guerra civil... Por lo demás, haciendo mención de la iglesia, que es grande y contiene buenos retablos, y de alguna que otra casa de construcción moderna, nada más que ver tiene Fuenterrabia.

En cambio es muy notable todo el sitio llamado *La Marina*, pintoresco sobre toda ponderación, del cual nos hablará Guerrero con más espacio.

Fuenterrabia está situado á la izquierda de Irun, el último pueblo de España por la línea del Norte, y separado de Francia por el río Bidasoa, que va á perderse en el Océano.

Enfrente del pueblo, y al otro lado del río, está la playa, donde, con cuatro palos y un lienzo, arman la casa de baños los pocos que aquí se permiten ese exceso. La playa se encuentra ya en tierra (ó arena) francesa, y para llegar hasta ella se embarcan los bañistas en pequeñas *gabarras* ó lanchas de pescador.

A la derecha del puente de Behovia, que sirve para poner en comunicación á Francia con España, se ven en me-

dio del río varias pequeñas islas, y entre ellas la célebre de los *Faisanes* ó de la *Conferencia*, llamada así porque en ella fué arreglado el matrimonio de Luis XIV de Francia con la infanta María Teresa, hija de Felipe IV; y á consecuencia del cual entró á gobernar á España la casa de Borbon, poniendo término á la guerra entre ambas naciones. Esta isla es preciosa y pertenece á España y á Francia, según el tratado de los Pirineos.

Y nada más tendria que decir á V., si no recordara que hace pocos días hemos recorrido juntos varios pueblos de los contornos de San Sebastian, que bien merecen una mención especial en estas cartas.

Nada hay tan bello, tan rico de vegetación, ni tan saludable como las provincias Vasca; y si Vizcaya tiene mucho que elogiar, Guipúzcoa supera á cuanto se pueda decir, porque no hay en ella un palmo de terreno estéril, ni montaña que no se halle cubierta de arbustos.

Nunca olvidaré los variados panoramas con que hemos alegrado la vista, en el camino de Oyarzun, Astigarraga, Hernani, Rentería, Orío, Zarauz y otros infinitos pueblecitos. Cada caserío, cada valle que se atraviesa de parte á parte, recuerda continuamente la Suiza, y es imperdonable que haya españoles tan poco cariñosos con la madre patria, que abandonan nuestro suelo para buscar en extrañas tierras lo que tienen de sobra por estos lugares.

¿Puede haber nada más pintoresco que Oyarzun y Astigarraga? ¿Hay algo más precioso que Pasajes, ese lindo pueblo, situado á una hora de San Sebastian, célebre por su puerto y por sus bateleras? Verdad es que las bateleras no son un portento de hermosura, ni mucho menos; pero el pueblo lo es, y adquirirá muy pronto la importancia que ha tenido, porque su puerto está considerado como el mejor de España, y han empezado ya las obras que eran necesarias para ponerlo en mejores condiciones.

Un recuerdo evoca otro; y ahora viene á mi memoria una observación que hice cuando fui días atrás á visitar el vapor *Pasajes*, de la Compañía A. Lopez; y que voy á apuntar para que haya en esta revista un poco de todo. Si le dijera á V. que estando á la boca de un horno encendido habia V. de sentir el mismo fresco que en su habitación, ¿me creería V.? Pues ya puede V. creerme, porque lo que digo es la pura verdad.

Recorriendo el vapor *Pasajes*, entré también en la máquina, una máquina magnífica, de nuevo sistema, que hace setenta y dos revoluciones por minuto, con lo cual ya ve usted que casi aventaja á los *revolucionarios* españoles. Pues bien: los hornos estaban encendidos; puse la mano sobre la caldera y no sentí calor, sino al contrario, respirándose un ambiente fresco en toda la máquina. ¿Cómo puede ser eso? Muy fácilmente. Las calderas están cubiertas con la *patente Leroy*, artículo muy barato y muy superior al fieltro, que tiene la propiedad de concentrar el calor, produce gran economía en el consumo del carbon, y preserva eficazmente las máquinas de los estallidos, que suelen ser tan frecuentes.

Ya comprenderá V. la importancia que tiene la *Composición Leroy* sin más que fijarse en lo que llevo dicho y la utilidad que puede reportar á las máquinas de vapor *fiyas* y *marítimas* á que se aplique. Es un invento muy curioso, muy económico, que deben adquirir las empresas de vapores, y que ya usan todos los de la Compañía Lopez. Y por si algun suscriptor industrial entra en ganas de conocer sus efectos, bueno es añadir que el único encargado de la *Composición Leroy* en España es D. Manuel Eizaguirre, calle de Isabel la Católica, número 3, Cádiz.

Y ya ve V. cómo siempre son provechosos los viajes, aunque sean viajes de recreo como los nuestros.

Recreo he dicho, y ahora me acuerdo del viaje á Bayona, llamado de placer, cuando debiera llamarse de dolor. Usted sabe que los que vamos á San Sebastian no podemos prescindir de la visita á Francia, y que no hay viajero que vuelva á Madrid sin haber estado en Biarritz y Bayona, porque esto parece que da cierto tono (y no á la sangre ni al bolsillo).

Bayona está desmejorada. No hay la animación de otros años; apenas se hallan familias conocidas por las calles. Algunos carlistas, eso sí, pero nada más. A Biarritz le pasa lo mismo. Hay muchas *maisons á louer*, muchas, lo que prueba que desde que la Francia está de capa caída la gente se desdén de ir á visitarla. Sin embargo, los franceses siempre son los mismos, y aun siguen creyendo que pertenecen á la primera nación del mundo, y que si los prusianos hubieran ido á Bayona, otro hubiera sido el resultado de la guerra. Hay que dejarles hablar.

El tren que nos condujo era, como digo, uno de los de recreo, y éste consistió en salir de San Sebastian á las 6 de la mañana, cambiá de *voiture* en Hendaya, llegar á Biarritz á las 10, gastar *beaucoup d'argent* y regresar á Irun á las 7 de la noche, para detenernos allí hora y media hasta que la vía de San Sebastian quedó limpia de trenes, porque á los de placer se les permite andar cuando ya no hay nada que cuidar en el camino.

Un *bon mot* de un viajero que nos acompañó. Era el tal algo así como progresista, y traducía el francés al tenor siguiente. Llegamos á Biarritz, y mi hombre vió que encima de una de las salas de descanso habia un rótulo que decia: *Salle d'attente...*

—¿Qué dice ahí? le preguntó su mujer.

—Sala del *atentado*, contestó el citado con la mayor buena fe.

Voy á concluir esta especie de mosaico, pero antes sepa usted, amigo Frontaura, que siento de veras no me quisiera acompañar á Bilbao; aquella capital es lindísima; durante las fiestas la animación es extraordinaria y se pasa muy bien... Fui á las Arenas y quedé agradablemente sorprendido al ver el magnífico establecimiento de baños que se ha abierto en aquella playa. Tanto me gustó, que me propongo ir allí el año próximo, *Deo volente*, porque creo que el tiempo ha de volar en tan preciosa costa.

Y no digo más. Mañana regresaré á San Sebastian, y pronto daré la vuelta á Madrid, porque ya parece que el calor va de vencida y hay que hacer en la capital de España.

Hasta nuestra vista se repite de V. afectísimo amigo,

RICARDO SEPÚLVEDA.

CASCABELITOS

Con frecuencia vemos en los periódicos, lo mismo en los ministeriales que en los de oposición, justamente elogiados los actos del ministro de Ultramar, Sr. Gasset.

En efecto, el Sr. Gasset está haciendo mucho y bueno en el desempeño de su importante cargo, y, estando nosotros tan lejos de él en ideas políticas, nos complacemos en consignar que su conducta es patriótica y digna, y que su paso por el ministerio de Ultramar será sumamente provechoso para el país.

Mucho nos complace que sea un hijo de la prensa quien de tal manera se conduce en ese elevado puesto.

Por lo mismo que es un buen ministro, creemos que no durará mucho.

Porque digo sinceramente que el príncipe Alfonso es la esperanza de la patria, recibo anónimos injuriosos y amenazas ridículas de personas á quienes, sin duda, les va bien en esta situación saboyana y vergonzosa.

Me importa poco; lo que yo digo lo dice todo el mundo, y lo que ha de ser será.

Día llegará en que se verá claramente que no hay otro remedio.

Por lo demás, lo que yo espero tener cuando venga el príncipe Alfonso, es lo mismo que tengo ahora; el trabajo.

¡Jesus! ¡cómo hablan de D. Amadeo los sagastinos!... Yo mismo no me atrevería á decir las cosas que ellos dicen de su rey y señor.

Pero eso no tiene nada de extraño, si se considera que los radicales, á pesar de ser hoy el ojito derecho de aquel señor, hablan de él tan mal como los sagastinos.

Yo me alegro.

¡Hombre! ser rey cerca de dos años y en todo este tiempo hacerse tan poco partido y tan pocos amigos, es cosa verdaderamente extraña... ¡no les parece á Vds.?

D. Amadeo debe leer un nuevo discurso de apertura de Cortés.

Podía ser éste muy breve, y decir, pongó por caso: «Señores diputados, me alegro de ver á Vds. buenos. Yo me voy, y ahí queda eso.»

Y todo el mundo aplaudiría.

Me parece que les gustará á Vds. la magnífica lámina que publicamos hoy. Pertenece esa preciosa vista del teatro Real á *La Ilustración Española y Americana*.

Vengan Vds. á comprar los *Cuentos de salon*. Digo esto para que no crean Vds. que se me ha olvidado hablar en este número de los *Cuentos de salon*.

La verdad es que pocos libros se han publicado en España que obtengan tan gran éxito.

Y esto por algo será.

En la preciosa Revista de instrucción y recreo *Los Niños*, se publican, entre otros utilísimos trabajos, algunas obritas dramáticas para que las representen los niños.

A propósito de esto, dice un acreditado periódico de esta corte lo siguiente:

«Pocas serán las personas de una esmerada educación que en su niñez y aun en su juventud hayan dejado de pagar un tributo á la literatura dramática, haciéndose intérpretes de las obras de nuestros más esclarecidos poetas. El teatro casero no puede morir, porque es un reflejo de la ilustración de los pueblos y un medio de honrar lo noble y lo digno, logrando al propio tiempo emplear tranquila y alegremente algunas horas de la vida. Por eso no deben oponerse los padres á que sus tiernos hijos consagren sus momentos de solaz á las representaciones escénicas, siempre que las obras por ellos elegidas tengan un fondo de intachable moralidad y abunden en nobles y levantados conceptos que contribuyan á formar el corazón y desarrollar la inteligencia de los actores infantiles. El director del acreditadísimo periódico *Los Niños*, deseoso de propagar y encaminar bien la afición de la niñez á los espectáculos escénicos, ha resuelto publicar periódicamente en su revista juguete cómico ó dramático, habiendo inaugurado esta sección en su último número con un dramita titulado *Tier-ra!* escrito por los aplaudidos autores D. Manuel Ossorio y Bernard y D. Francisco Muñoz y Ruiz.

» La idea del Sr. Frontaura nos parece excelente, y la primera muestra inserta en *Los Niños*, inmejorable por sus levantados pensamientos, sus situaciones dramáticas y su vigorosa versificación.»

El señor director general de Propiedades y Derechos del Estado, Sr. Pinilla, nos dirige una atenta comunicación haciéndose cargo de un suelto publicado en EL CASCABEL del 1.º del actual. Hoy no tenemos espacio para publicar el escrito del Sr. Pinilla; pero lo publicaremos con mucho gusto en el número inmediato.

El acreditado profesor Sr. Vicente abre un curso gratuito de escritura y reforma de letra, haciendo un gran bien á los que lo sepan estimar y aprovechar. Este profesor calígrafo vive en la Costanilla de los Angeles, 8, segundo.

Hemos recibido la lista de la excelente compañía del Teatro Real en la temporada próxima. No la insertamos hoy porque no tenemos espacio; pero desde luego aseguremos que es una de las mejores que ha habido en aquel magnífico teatro.

MADRID:—1872

IMPRENTA DE EL CASCABEL Y COSAS DEL AÑO
Calle del Cid, número 4 (Recoletos).